

LA DUALIDAD EN EL POEMA “EL DIOS IBERO” DE ANTONIO MACHADO

DOLORES GUTIÉRREZ GÓMEZ VELASCO

Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos
(CIDHEM), México

Resumen: La Generación del 98 fue la denominación de un conjunto de escritores españoles nacidos entre 1864 y 1875 cuyo rasgo común fue el influjo provocado por la crisis hispana de 1898. La mayoría de estos autores intentó proponer soluciones a través de su escritura. En este contexto se sitúa el poema “El Dios ibero” de Antonio Machado, donde el poeta, a través de un juego de dualidades, expone al Señor azaroso que determina la religiosidad del hombre hispano y propone sustituirlo por el Ser que él anhela: un Dios firme y adusto, forjado por el hombre ibero en una pieza de roble castellano, símbolo de la unidad hispana.

Palabras clave: Generación del 98, Castilla, Antonio Machado, Dios ibero, dualidad

Abstract: The Generation of '98 was the name of a group of Spanish writers born between 1864 and 1875 whose common feature was the influence caused by the Hispanic crisis of 1898. Most of these authors tried to propose solutions through their writings. Antonio Machado's poem “The Iberian God” was placed in this context. The poet, through a game of dualities, describes the unsettled God that determines the religiosity of the Hispanic man and suggests the god he yearns for, a firm and grim god, shaped by the Iberian man in a piece of Castilian oak, symbol of Spanish unity.

Key words: Generation of '98, Castile, Antonio Machado, Iberian God, duality

Introducción

El Siglo de Oro de las letras españolas surgió en forma paralela a una de las grandes crisis de la historia ibérica. El hundimiento de la Armada Invencible a finales del siglo XVI marcó el fin de una época de gloria por la expansión de la Corona española hacia sus territorios conquistados. El apoyo de España a la Contrarreforma y el financiamiento de las guerras contra los protestantes provocaron una crisis financiera que pronto se dejó sentir en todo el país. El pesimismo de la época inspiró a los escritores del barroco quienes encontraron vías de expresión en los numerosos recursos y en las formas llenas de contrastes de esta corriente literaria.

Esto nos conduce a la reflexión de que las crisis económicas y sociales, asociadas al pesimismo, han dado en España, momentos de auge en las letras. El surgimiento de la

Generación del 98, también estuvo ligado al desastre marcado en 1898, año en el que el imperio ibérico pierde sus últimas colonias: Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

La Generación del 98 está compuesta por escritores nacidos entre 1864 y 1875 quienes tienen como rasgo común, la afectación que les produce la crisis española de esa época. Aspecto que de una u otra forma se ve reflejado en su escritura y en su interés por proponer soluciones. Entre los autores más significativos de esta generación se encuentran Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Azorín, Valle-Inclán, Pío Baroja, entre otros. Conformaban un grupo de jóvenes que “reclamaba la regeneración de España, la necesidad de llevar a cabo grandes cambios políticos y sociales, estos escritores deseaban aportar una nueva visión crítica de las cosas.”¹ Sus inquietudes no determinaron una unidad en sus visiones, pero sí un deseo de transformar a España. Miguel de Unamuno, en un artículo publicado en 1918, habló sobre su generación y decía: “Sólo nos unían el tiempo y el lugar, y acaso un común dolor: la angustia de no respirar en aquella España que es la misma de hoy. El que partiéramos casi al mismo tiempo, a raíz del desastre colonial, no quiere decir que lo hiciéramos de acuerdo.”²

En medio de esta crisis Antonio Machado publicó en 1908 un artículo titulado “Nuestro patriotismo y la Marcha de Cádiz” en el que mostraba un sentido crítico hacia la manera en que el español se relacionaba con el suelo en el que vivía: “Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos, buena no más para ser defendida a la hora de la invasión extranjera. Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo. El pueblo que la descuida o abandona, la pierde, aunque sepa morir. Sabemos que no es patria el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra: que no basta vivir sobre él: allí donde no existe huella del esfuerzo humano no hay patria, ni siquiera región, sino una tierra estéril, que tanto puede ser nuestra como de los buitres o de las águilas que sobre ella se ciernen.”³

Su insatisfacción sobre la situación de España, su sentir junto con el de los intelectuales de su época se refleja en la crítica, pero también en las reflexiones que buscan un país nuevo, diferente. Todas estas inquietudes se traslucen en su poemario *Campos de Castilla*⁴, publicado en dos etapas: la primera en 1912, poco antes de la muerte de su esposa, Leonor Izquierdo. La mayor parte de los poemas los trabajó durante el tiempo que vivió en Soria, de 1905 a 1912, y muestran la gran identificación de Machado con el ambiente de las tierras castellanas, así lo afirma Serrano: “el poeta entra en comunión íntima con el paisaje que describe y canta... Tanto amor verdadero, tanta delicadeza, unida a tal capacidad de simpatía con el entorno descrito impregnan estos

¹ Rocío LINEROS QUINTERO, “El modernismo y la Generación del 98”, in: *Contraclave*, asequible en: <http://www.contraclave.es/literatura/modernismo.PDF>

² Mercedes SORIANO, *Los revolucionarios del siglo XX*, tomo 16, México, Club Internacional del Libro, 1968, 218.

³ Luis Carlos FERNÁNDEZ LOBO, *La poesía de Antonio Machado*, Madrid, Akal, 1997, 41.

⁴ Antonio MACHADO, “Campos de Castilla”, in: *Poesías completas de Antonio Machado*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1994, 103-205.

versos, que las cosas y el alma –como él mismo sugiere- están aquí fundidas.”⁵ Posteriormente se incluyeron textos que él escribió entre 1912 a 1917. En esa etapa el autor había logrado ser trasladado a Baeza. Ahí se encuentra con el paisaje de su niñez, con la Andalucía que lo vio nacer. Es la época de su formación filosófica que lo empuja “a interrogarse con más aspereza, a la luz de su propio destino, sobre las grandes cuestiones que se le plantean al hombre: el sentido de la vida y de su propia existencia, la muerte, el Dios deseado, pero en el que no se cree.”⁶

En *Campos de Castilla* aparece un poema, “El mañana efímero”, en el que Machado habla de España como si estuviera partida en dos: Una parte representa la España del presente, la que el poeta quiere que sea distinta: “Esa España inferior que ora y bosteza vieja y tahúr, zaragatera y triste,” la otra es la que la que él anhela, la del trabajo, la que labra la tierra: “Mas otra España nace, la España del cincel y de la maza, con esa eterna juventud que se hace del pasado macizo de la raza”. Es decir, Machado concibe dos Españas, la que no quiere y a la que aspira.

“El Dios ibero” también del mismo poemario, fue publicado en la segunda etapa, y aunque no se sabe si lo escribió en Soria o en Baeza, se ve en él claramente la influencia del campo castellano. Este poema se inserta en la necesidad histórica de repensar a España, y también, la necesidad de re-crear a Dios, a ese Dios en el que cree el pueblo hispano.

La dualidad en Antonio Machado

El término dualidad viene del latín *dualitas*, y se refiere a la reunión de dos caracteres diversos en una misma persona o cosa. Puede ser antitética, cuando los dos elementos que la conforman se contraponen; o bien, ambivalente, cuando se trata de dos valores distintos pero no necesariamente opuestos. Este concepto está ligado a las ideas religiosas en las que el hombre se ha planteado su origen y destino. La búsqueda de Dios surge de una necesidad ontológica en la que el ser humano experimenta la angustia por vivir separado del Todo, se concibe a sí mismo como un ser fragmentado y, en la búsqueda de lo divino, intenta trascender la dualidad y aspira a la unidad.

Gran parte del pensamiento de Machado se condensa en una obra que nació en su juventud: escrita en prosa, *Juan de Mairena* reúne una serie de reflexiones del poeta sobre diversos temas. El autor definió al conjunto de estos escritos como su “yo” filosófico. El protagonista, Juan de Mairena es un profesor que hace cavilaciones frente a sus alumnos sobre el arte, la cultura, la filosofía, la literatura, etc. En torno a la dualidad, decía Mairena a los estudiantes: “Toda revelación en el espíritu humano -si se entiende por espíritu la facultad intelectual- es revelación de lo otro, de lo esencialmente otro... no por inagotable, sino por irreductible en calidad y esencia a los datos conocidos, no

⁵ José Antonio SERRANO, *La obra poética de Antonio Machado*, España, 2000, asequible en: <http://jaserrano.nom.es/Machado/Campos.htm>

⁶ Idem.

ya como lo infinito ante lo limitado, sino como lo otro ante lo uno, como la posición inevitable de términos heterogéneos, sin posible denominador común. Desde este punto de vista Dios puede ser la alteridad trascendente a que todos miramos.”⁷

Machado no ve esa alteridad como algo concluyente. El “otro” es aún definible. En esta búsqueda se inserta el deseo de encontrar la identidad propia. Para el poeta, debajo de lo que el hombre piensa está lo que el hombre cree, esto lo divide dentro de sí mismo, ya que en muchas ocasiones se cree lo contrario a lo que se piensa.⁸ Hay en Machado un interés por definir la identidad hispana, un principio unificador que aclare las ideas frente a la confusión, que una la creencia con el pensamiento. En “El Dios ibero”, el poeta utiliza el recurso de la dualidad para llegar a la unidad como principio integrador de lo que busca, es decir, define a la otredad, al “no ser” para llegar al ser y reconocer la identidad. En el poema, apela a los hombres de España para que sean ellos quienes pongan fin al Dios dual que se describe en el poema y que, con su propia mano, sean capaces de crear a un Dios legítimo para el pueblo hispano.

El Dios ibero

El poema es una silva⁹ cuya estructura misma está marcada por la dualidad: dos voces se mezclan en sus versos, la primera es la voz poética, la cual refleja el propio sentir del poeta; la segunda personifica la voz del hombre ibero, representado por el campesino;¹⁰ seis estrofas entrecomilladas contienen su plegaria.

En la primera estrofa habla la voz poética, en ella se hace referencia a una vieja cantiga¹¹ en la que un tahúr tramposo pierde su dinero en una partida y culpa al cielo por lo que dirige su flechas hacia él.¹² La voz poética ansía esas flechas para que el hombre ibero pueda lanzarlas al Ser que ha malogrado sus frutos, al Señor azaroso que provoca penas a su pueblo. Pero ese Dios merecedor del castigo —aquí el poeta recurre a la antítesis— también lo es de la alabanza, y quisiera poner en la voz del hombre español: “un ‘gloria a ti’ para el señor que grana centenos y trigales que el pan bendito le darán mañana” (DI)¹³.

⁷ Antonio MACHADO, *Juan de Mairena*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, 149.

⁸ *Ibidem*, 147.

⁹ Combinación de la métrica castellana, no estrófica, en la que se encuentran mezclados versos heptasílabos y endecasílabos, con rima consonante, e incluso, pueden aparecer versos sueltos sin rima.

¹⁰ Machado toma al campesino como principal representante del hombre ibero porque como decía Mairena a sus alumnos: “Es en la soledad campesina donde el hombre deja de vivir entre espejos”. MACHADO, *op. cit.*, 9. Es este personaje el más vulnerable frente a una naturaleza impasible que determina su religiosidad. “En el folklore religioso de nuestra tierra —dice Mairena— la naturaleza hace creyentes a muchos de nuestros paisanos y descreídos a muchos otros” *Idem*.

¹¹ Composición poética medieval para ser cantada.

¹² SERRANO, *op. cit.*

¹³ (DI) hace referencia a citas del poema “El dios ibero”

En los siguientes versos inicia la plegaria del campesino. El apelativo “Señor” aparece en casi todas las estrofas dejando claro que se trata de una invocación; sin embargo, no es un ruego ni una súplica, ya que en ella no se pide nada. El propósito de los versos, según se infiere, es mostrar al Dios que tiene el hombre ibero. Es el “Señor de la ruina..., dueño de la nube del estío que la campiña arrasa, del seco otoño, del helar tardío y del bochorno que la mies abrasa” (DI). La voz declara con resignación que conoce el poder de este Señor y, por ello, su cadena. Es el Ser que le provoca temor. Pero también, los versos invocan a un Dios digno de alabanzas: “¡Señor del iris, sobre el campo verde donde la oveja pace... tu soplo el fuego del hogar aviva, tu lumbre da sazón al rubio grano, y cuaja el hueso de la verde oliva, la noche de San Juan, tu santa mano”(DI).

Hay un concepto dual de Dios. El poeta recurre a la antítesis para reafirmar esta concepción que deja ver la falta de justicia del Dios ibero: “¡Oh dueño de fortuna y de pobreza, ventura y malandanza, que al rico das favores y pereza y al pobre su fatiga y su esperanza!” Este Señor arbitrario y temido provoca en el campesino la plegaria y la blasfemia como una expresión unívoca de su incuestionable fe: “con mi oración se inclina hacia la tierra un corazón blasfemo” (DI).

Para Machado la blasfemia es parte de la comunicación franca con Dios, Juan de Mairena decía: “Prohibir la blasfemia con leyes punitivas, más o menos severas, es envenenar el corazón del pueblo, obligándole a ser insincero en su diálogo con la divinidad.”¹⁴ Si no hubiera fe tampoco habría blasfemia. La fe se basa en el temor y el ateísmo en la desesperanza. El que teme es porque espera. Para el hombre ibero, el destino no depende de él ni de su trabajo, sino de la mano de ese Ser que da el último toque al fruto maduro. No es el esfuerzo cotidiano el que da las obras terminadas, sino la voluntad divina la que permite su culminación. Después de la dura faena de la siembra, a este campesino sólo le queda la misma mirada expectante del jugador que espera verse favorecido por la fortuna: “¡Señor, señor: en la voltaria rueda del año he visto mi simiente echada, corriendo igual albur que la moneda del jugador en el azar sembrada!”(DI). Esta imagen, que compara la suerte de la siembra con una moneda echada al aire, muestra al mismo Dios azaroso al que el balletero tahúr, mencionado al inicio del poema, culpa por haber perdido su dinero en el juego.

En la última estrofa de la plegaria, la voz que invoca a ese Ser con dos caras, le retribuye del mismo modo su justicia: “¡Señor, hoy paternal, ayer cruento, con doble faz de amor y de venganza, a Tí, en un dado de tahúr al viento va mi oración, blasfemia y alabanza!” (DI). La voz poética recurre a la paradoja para definir la oración del hombre español, y con ello, simboliza la dualidad que declara al inicio: la ansiada saeta para el castigo y el “gloria a tí” para la alabanza.

¹⁴ MACHADO, op. cit., 9.

En estos versos Machado introduce uno de los temas sobresalientes en su poesía: el tiempo. En la plegaria el hoy y el ayer se unen a la dualidad del Dios ibero, como verdades que van y vienen, pero no cambian a ese Señor incierto al que el campesino dirige su oración.

Al terminar este rezo la voz poética toma nuevamente la palabra y define a quien ha creado a ese Dios fortuito. En esta estrofa se marca el tiempo a través de las conjugaciones verbales y el poeta hace referencia al hombre que en el presente “insulta a Dios en los altares” es el mismo que antes “soñó caminos en los mares y dijo: es Dios sobre la mar camino” (DI).

Al pasar a esta nueva parte del poema se clarifica el propósito de cada una de las voces que aparecen en él. Mientras que la voz de la plegaria dibuja a través de sus versos al Señor cambiante al que le teme y al que aguarda; como un juego de espejos, la voz poética describe al hombre hispano que ha creado, a través del tiempo, a ese Ser fortuito y se infiere que la oscilación que va de un rostro de Dios a otro, surge de la subjetividad de quien que lo ha creado.

En las siguientes dos estrofas Machado recurre a otra figura literaria: la interrogación retórica que, según Muñoz Cortés, es parte de la actitud dialógica en el poeta.¹⁵ Refiriéndose al hombre hispano del que hablamos antes, la voz poética pregunta: “No es él quien puso a Dios sobre la guerra más allá de la suerte más allá de la tierra, más allá de la mar y de la muerte?”(DI). Este recurso literario aparentemente no juzga sino disfraza su crítica a través de un sentido interrogativo y apunta a quienes en nombre de Dios conquistaron, humillaron y asesinaron. La historia de España está plagada de muertes provocadas por la religión, Dios ha sido estandarte de lucha para intereses particulares. Sánchez Barbudo señala que a través de este poema, el autor hace una crítica al “carácter toscamente utilitario que, en España al menos, la religión tiene para muchos”.¹⁶ Pero el poeta no se queda sólo en señalar la función utilitarista de Dios, también remarca que el hombre hispano en otro sentido ha sido víctima. En esta parte, Machado alude a la inquisición haciendo una perífrasis: “No dio la encina ibera para el fuego de Dios la buena rama, que fue en la santa hoguera de amor con Dios en pura llama?” (DI). Nuevamente la interrogación retórica que resulta irónica al usar el epíteto de santa y hablar de la hoguera de amor, cuando simbolizan actos atroces cometidos en nombre de la religión.

En este punto desaparecen las preguntas y se retoma el tema del tiempo: “Más hoy... ¡Qué importa un día” (DI); el adverbio, los puntos suspensivos y las exclamaciones en un mismo verso detienen el poema. Muñoz Cortés afirma que la exclamación en Machado “revela fundamentalmente una valoración positiva o negativa de las realidades vividas por el poeta”.¹⁷ Este alto deja atrás los lamentos y las oscilaciones entre los rostros de Dios, y

¹⁵ Manuel MUÑOZ CORTÉS, “Algunos aspectos estilísticos de Antonio Machado”, in: *Centro Virtual Cervantes*, Actas XXXIII, (AEPE), Colección Austral, Madrid, Espasa Calpe, 1975, asequible en: http://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/aepe/pdf

¹⁶ Antonio SÁNCHEZ BARBUDO, *Los poemas de Antonio Machado*, Barcelona, Lumen, 1981, 190.

¹⁷ Manuel MUÑOZ CORTÉS, op. cit., 92.

también al hombre hispano que ha creado un Señor incierto y utilitarista. Cambia a un tono esperanzador. El anhelo de la voz poética parte del hoy hacia el mañana, donde el deseo de la vida nueva florece: “Para los nuevos lares estepas hay en la floresta umbría, leña verde en los viejos encinares” (DI). Machado estaba convencido de las virtudes de la raza hispana y en la búsqueda de la nueva España, Castilla, para él, es una pieza fundamental. En su poesía la encina es un símbolo que representa la tierra de Castilla,¹⁸ considerada como la columna vertebral de España en donde se fundamenta este país como nación. Antes fue la encina la que dio ramas para la santa hoguera, ahora los encinares dan leña verde para el fuego de los hogares.

En la siguiente estrofa el poeta asienta su visión sobre el futuro. Mediante una alegoría del campo establece en dónde está la esperanza; ya no en el Señor azaroso de cuya mano depende el destino, ahora el fruto de la tierra vendrá del trabajo: “Aún larga patria espera abrir el corvo arado sus besanas; para el grano de Dios hay sementera bajo cardos y abrojos y bardanas” (DI).

El escritor ha depositado su esperanza en el hombre hispano, es sus manos está la nueva nación. En la parte que sigue recurre otra vez a los adverbios de tiempo para realzar su anhelo de un futuro distinto. Fortalece un sentido dialógico dirigiendo sus palabras y usando el apelativo: hombres de España: “¡Qué importa un día! Está el ayer alerta al mañana, mañana al infinito, hombres de España, ni el pasado ha muerto, ni está el mañana –ni el ayer– escrito” (DI). Estos versos nos remiten al momento en que Juan de Mairena recomienda a sus alumnos crear su propio pasado: “Os aconsejo una incursión en vuestro pasado vivo, que por sí mismo se modifica, y que vosotros debéis, con plena conciencia, corregir, aumentar, depurar, someter a nueva estructura, hasta convertirlo en una verdadera creación vuestra. A este pasado llamo yo *apócrifo*, para distinguirlo del otro, del pasado irreparable que investiga la Historia...”¹⁹

José Luis Abellán señala que en Machado lo apócrifo cumple una “función de carácter utópico, como medio de cambio y transformación de lo real”.²⁰ Para el poeta en el ser humano está el potencial de crear y transformar la realidad, con todo lo subjetivo que esto implica; este pensamiento abre la posibilidad de poner fin a la resignación del hombre hispano, frente a un destino incierto.

De la dualidad a la unidad

En la última estrofa Machado recurre otra vez a la interrogación retórica y con un solo verso fortalece la idea de que a Dios hay que crearlo con la imaginación: “¿Quién ha visto la faz al Dios hispano?” (DI). Ante la falta de certeza sobre ese Señor tan incierto se abre la posibilidad de concebir un Dios diferente.

¹⁸ Ricardo GULLÓN, *Una poética para Antonio Machado*, Madrid, Gredos, 1970, 261.

¹⁹ MACHADO, op. cit., 123, 124.

²⁰ José Luis ABELLÁN, “La filosofía de Antonio Machado y su teoría de lo apócrifo” in: *El Basilisco*, N° 7, Madrid, mayo-junio, 1979, asequible en: www.fgbueno.es

A través de la plegaria, el poeta fue presentando a un Ser incierto al que se le teme y se le aguarda: el Señor de la dualidad que presenta dos caras. Y con una pregunta cuestiona a los hombres de España si alguien ha visto la faz de ese Dios. Aunque hay una gran ironía en la pregunta, no es el cuestionamiento de un ateo, simplemente cambia al sujeto que da origen al objeto. Antes se dijo que Mairena afirmaba que la revelación en el espíritu humano era una facultad intelectual, es decir, Machado no negaba la existencia de Dios, sólo que partía de que éste no era una revelación de sí mismo sino su origen estaba una creación del intelecto humano.

Mairena decía a sus alumnos: “Cuando una cosa está mal..., debemos esforzarnos por imaginar en su lugar otra que esté bien; si encontramos por azar, algo que esté bien, intentemos pensar algo que esté mejor. Y partir siempre de lo imaginado, de lo supuesto, de lo apócrifo; nunca de lo real”.²¹ Este pensamiento de Machado da luz al final del poema: “Mi corazón aguarda al hombre ibero de la recia mano, que tallará en el roble castellano el Dios adusto de la tierra parda” (DI). Si en su plegaria la voz que habla hace referencia a ese Señor merecedor de alabanza y blasfemia, injusto con el pobre a quien le da fatigas y un destino incierto, es momento de crear un Dios nuevo. Bizcarrondo establece que a nivel semántico hay una relación en los términos: recia mano, roble castellano, Dios adusto, y tierra parda. Y afirma que “predomina en ellos una nota común que es la sobriedad, la famosa sobriedad castellana que debe ser el punto de partida para la construcción del hombre nuevo, de la tierra nueva que Machado espera”²².

El poeta tiene la esperanza de que sea el mismo hombre hispano el que forje a Dios, con sus elementos, su naturaleza, con su propia mano. La dualidad queda borrada cuando la voz poética expresa su esperanza. En sí la dualidad es el recurso utilizado por el autor en el poema para definir al Dios presente, y al final, ésta se desvanece, cuando los últimos versos se refieren al Ser que el hombre hispano ha de crear, al que espera ver materializado en una pieza de roble castellano. Esta imagen nos remite nuevamente a Castilla como símbolo de la unidad hispana, en donde el escritor pretende condensar la necesidad religiosa de todo el pueblo español.

Sánchez Barbudo afirma que el Dios hispano que aparece en el poema representa la España ideal, la España nueva que debe ser forjada por la recia mano del hombre ibero²³. Recordemos que para Machado la patria no es el suelo que se pisa, sino el suelo que se labra, y del mismo modo, el destino no es el que llega a través del poder de un Ser fortuito sino el que uno se forja con su propia mano.

²¹ MACHADO, op. cit., 102.

²² José María BIZCARRONDO, “Una estructura binaria. Reflexiones sobre ‘El Dios ibero’”, in: *Biblioteca Virtual Antonio Machado*, Soria, 1975, asequible en: <http://www.bibliotecamachado.es/documentos/periodisticos/castellano/reflexionessobreeldiosibero.htm>

²³ SÁNCHEZ BARBUDO, op. cit., 191.